

Padre Carlos In Memoriam

Por MARÍA DEL CARMEN MUZIO

El consejo de redacción de *Amor y Vida* rinde tributo a monseñor Carlos Manuel de Céspedes a través del siguiente testimonio

El pasado 3 de enero se nos fue repentinamente, sin un adiós, a la Casa del Padre, monseñor Carlos Manuel de Céspedes García-Menocal. Para los que disfrutamos de su simpatía fue siempre el padre Carlos, porque no era muy dado a los títulos ni reconocimientos por su modestia habitual. Optimista, bromista, descendiente de una estirpe heroica, era un verdadero cubano rellollo. Sin embargo, esa forma de ser no menoscababa al hombre de vasta cultura, que lo mismo podía hablar de ópera, ballet y literatura, que codearse amablemente con el más humilde.

Amigo del padre Gaztelu, fue también un amante de la cultura y cultivador de la poesía, el ensayo y la narrativa. Gracias a Dios nos quedan sus obras, algunas ya publicadas y otras en proceso.

Evocarlo no es fácil, son tantas las huellas que ha dejado no sólo en la Iglesia y en el ámbito cultural, sino en las personas que lo conocieron y lo estimaron. Jamás una palabra disonante contra alguien, encontraba únicamente los buenos rasgos en los demás.

Escucharlo conversar, opinar, contar tantas anécdotas por él vividas, constituía un verdadero privilegio. Resumir al padre Carlos es difícil, pero era un archivo viviente. Se le podía interrogar sobre cualquier personalidad histórica, cultural o eclesial; de una obra o un libro; y él, con sencillez, derrochaba su torrente de sabias palabras para ofrecernos una verdadera clase magistral.

Lo traté durante varios años, compartí con él durante su permanencia al frente del Consejo Arquidiocesano de Cultura y la revista *Vivarium*; en las tertulias que organizaba semanalmente para ofrecer a sus invitados el último filme, o proyectar una magnífica versión de alguna ópera o concierto sinfónico; sus asesoramientos a la desaparecida revista *Espa-*



cios; después, en el consejo de *Palabra Nueva*; y, a él le debo también sus certeras opiniones cuando desarrollaba una investigación, para la que tuvo la amabilidad de escribir el prólogo.

A pesar de tantos años de encuentros no poseía una foto suya, pero al fin se presentó la ocasión una tarde, en que le pedí retratarnos juntos; con su humor habitual accedió, no sin antes decir que “cuando a los viejos empiezan a pedirle retratarse con ellos es porque se van a morir”, y el lente lo sorprendió sonriéndose.

